



CREENCIAS Y PRÁCTICAS RELIGIOSAS EN EL ANTIGUO EGIPTO

LAS CREENCIAS FUNERARIAS (II): EL PUEBLO EGIPCIO

Por Teresa Bedman.

La tradición osiriana y su creencia en el mas allá, estuvo ligada al pueblo desde épocas remotas como Nagada

Mientras los reyes tenían un destino celeste al convertirse en estrellas imperecederas, el pueblo aspiraba a convertirse en ese dios terrestre identificado con Osiris.

La crisis del Imperio Antiguo, que dio paso al Primer Periodo Intermedio y posteriormente al Imperio Medio, traerá como consecuencia que, unos reyes que ya no serán de pura sangre como pasaba en el periodo Tinita, sino que serán reyes que surjan de la nobleza local aunque para dar este paso se desposarán con mujeres que si procederán de sangre dinástica cumplimentando así el rito: Isis desposada con Osiris dará a luz a Horus que perpetuará la sangre dinástica.

Pero estos nobles convertidos en reyes aportaran a este nuevo periodo, sus creencias y a partir de este momento los reyes se intentarán identificar tras la muerte con Osiris-Ra, Señor de los Dioses

LA MAGIA DESPUÉS DE LA MUERTE

La magia fue utilizada en todos los aspectos de la vida cotidiana por los egipcios.

Pero, si su presencia es indudable en los templos, en el desarrollo de las funciones de la realeza, o en la vida diaria de los egipcios, donde más aparente se muestra es en las creencias y las prácticas funerarias.

Los egipcios creyeron, puede que mucho más firmemente que ningún otro pueblo de la antigüedad, en otra existencia después de esta vida terrestre.

Pero sus ideas acerca de la supervivencia tras la muerte no han sido exactamente comprendidas por nosotros. O mejor dicho, hemos querido ver en las colecciones de los textos religiosos funerarios egipcios de todos los tiempos, poco más que una retahíla de escrituras religiosas lo suficientemente incoherente como para no decirnos nada y hacer de todas ellas un lenguaje misterioso a nuestros ojos y cabezas.

Sin embargo, es un hecho que los egipcios creían poder superar, por medio de la magia, las múltiples dificultades que, para sobrevivir tras la muerte, acechaban a los difuntos.

Los textos funerarios mágicos egipcios

Los tratados de fórmulas mágicas para después de la muerte más antiguos que conocemos son los llamados *Textos de las Pirámides*.¹

Recopilados por primera vez conocida, en el interior de la cámara del sarcófago de la pirámide del rey Unas (de ahí su nombre), al término de la dinastía V (hacia el 2375-2345 a. de C.), se siguieron utilizando hasta finales del Primer Periodo Intermedio (hacia el 2181-2055 a. de C.).

Primero disponibles solamente para los reyes, fueron, después, usados en los enterramientos de nobles. El uso de las fórmulas que se habían dedicado solamente al rey para garantizar su supervivencia tras la muerte, se extendió al pueblo, de modo que, cuando se desarrollaron las dinastías XI y XII, durante el Imperio Medio (hacia el 2055-1795 a. de C.), se comenzaron a utilizar nuevas recopilaciones de aquéllas, junto con las más antiguas.

Este conjunto de ensalmos recibió entre los egiptólogos el nombre de *Textos de los Sarcófagos* o de *los Féretros*, por ser éstos los lugares donde se inscribían y recogían.²

Con el transcurso de largos siglos, los manuales de magia funeraria fueron acumulando más fórmulas, siendo objeto de comentarios y redacciones variadas por parte de las distintas escuelas religiosas pertenecientes a los templos.

A finales del Segundo Periodo Intermedio (hacia el 1500 a. de C.), surgieron nuevas versiones que fueron utilizadas por los egipcios de toda condición.

Se trataba de compilaciones derivadas de los primeros sortilegios usados por los reyes durante el Imperio Antiguo, evolucionadas durante el Imperio Medio, para desembocar en lo que se convertiría en el libro mágico por excelencia para uso de los muertos, pero también útil para los vivos.

De este modo se llegó, en los tiempos del Imperio Nuevo (1550-1069 a. de C.), a la elaboración de una especie de *corpus* que se ha dado en llamar *la Recensión Tebana* del Libro de los Muertos, o, posteriormente, durante la dinastía XXVI, (664-525 a. de C.), la *Saíta*.

¹ Para las citas de los textos de las Pirámides se ha utilizado la obra de Faulkner, R. O. *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*. Oxford, 1969.

² Faulkner, R. O. *The Ancient Egyptian Coffin Texts*. I-III. Warminster, 1973-1978. Bargaet, P. *Les Textes des sarcophages égyptiens du Moyen Empire*. LAPO, Paris, 1986.

Su nombre era *El Libro para salir a la luz del día*, pero el egiptólogo alemán Karl Richard Lepsius, decidió llamarle *Libro de los Muertos*, con cuya denominación se le conoce vulgarmente.³

Todas estas colecciones de textos mágicos son, en realidad, una recopilación de oraciones, himnos y fórmulas mágicas que fueron consignadas en las paredes de las tumbas o en papiros, depositados con las momias, en sus sarcófagos.

Leyendo sus encantamientos se puede percibir cómo los egipcios creían que la vida terrestre no era más que un capítulo del gran libro de la vida eterna.

Es claro que la muerte era considerada como una liberación, por medio de la cual el espíritu, abandonada la materia, penetraba en las regiones de la luz.

El contenido de estos textos todavía permanece oscuro para nosotros y ello es porque, siendo auténticos y verdaderos libros de magia, a pesar de haber llegado hasta nuestras manos, no estamos plenamente capacitados para comprender su integral valor y contenido.

Una de las características de estos escritos es que, en ciertos pasajes, las palabras que los componen y especialmente los nombres de los seres y de las cosas, carecen de signos determinativos para dificultar su completo conocimiento al profano.

La lectura de estas sagradas palabras solo estaba permitida o al difunto resucitado, o a su sacerdote lector, el *Hery-Hebet*, quien procuraba que nadie supiera qué era lo que contenían sus rollos de papiro, ni cómo leía lo que solo él sabía hacer, para lo cual había sido debidamente preparado en la Casa de La Vida de algún templo.

Así consta en algunas tumbas como la *Rej-mi-Ra* (TT 100), en la que un sacerdote lector increpa a alguno de los portadores prohibiéndole escuchar lo que había de ser pronunciado en el lugar donde debían hacerse las Ofrendas, ya que los ritos eran secretos y no debían ser escuchados por cualquiera.⁴

Tradicionalmente se han reconocido cuatro grandes divisiones del estado final de las fórmulas que recoge el Libro de los Muertos⁵: la primera, (fórmulas 1 a la 16), era el conjunto de fórmulas de salir al día para recitar en la marcha del difunto hacia la necrópolis, con un conjunto de himnos a los dioses Ra y Osiris.

³ *Libro de los Muertos* Ed. de Federico Lara Peinado. Madrid, 1989. Barguet, P. *Le Livre des Morts des anciens égyptiens*. LAPO, Paris, 1967.

⁴ Porter, R. y Moss, B. *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs and Paintings. I- The Theban Necropolis. Part I. Private Tombs*. 2ª Ed. Oxford, 1960, 206-214.

⁵ Moret, A. *Au temps des Pharaons*, 205 y ss. Barguet, P. Op. cit. 1967, 15-16.

La segunda, oraciones para la regeneración (fórmulas 17 al 63), consistía en el triunfo y la transformación gloriosa del difunto quien, por medio de las fórmulas, anulaba la fuerza de los enemigos y manifestaba su poder sobre los elementos.

La tercera, (capítulos 64 al 129), consistía en un conjunto de ensalmos dirigidos a conseguir que el difunto pudiera transfigurarse tras el Juicio ante Osiris pudiendo manifestarse bajo diferentes formas, utilizar la barca solar, acceder al conocimiento de ciertos misterios iniciáticos, y regresar, a su voluntad, a la tumba.

Finalmente, la cuarta parte (fórmulas o capítulos 130 a 162), eran textos dirigidos a obtener la glorificación del difunto que debían ser leídos en diferentes momentos a lo largo del año, en los días de fiesta y para el culto funerario. El Libro de los Muertos también recoge ensalmos para conseguir la preservación de la momia por medio de los amuletos y lo referente al servicio de las ofrendas alimentarias.

Los capítulos 163 al 190, son un conjunto de fórmulas mágicas, sin aparente orden, que permiten al difunto obtener protecciones para su cuerpo momificado y disfrutar de los beneficios que la condición de *Justo Glorificado* le concede.

Los ritos funerarios y el Juicio

Así pues, los egipcios practicaron el culto a los muertos con arreglo a los expresados textos religiosos, llevando a cabo unos rituales precisos que consistían en la momificación, los funerales y el depósito del sarcófago, con el cuerpo y su ajuar, en la tumba que el difunto tenía destinada en la necrópolis.

Todos los ritos funerarios que conocemos, desde la prehistoria en adelante, estaban destinados a devolver por medios mágicos la vida al difunto.

Todo ello suponía el otorgamiento de la vida renovada y la garantía de que se podrían superar los retos que aguardaban en el mundo del más allá.

Otra idea consustancial con las creencias egipcias para después de la muerte, era la existencia de un Juicio al difunto, celebrado delante del tribunal de los dioses.

Según los textos parece que, la idea de un juicio nada más morir, era algo arraigado en la mentalidad egipcia. Se trataba de la llamada '*psicostasia*' o acto de pesar del corazón. Ya se ha dicho que, según los egipcios, esta víscera era la sede de todas las acciones buenas o malas que el hombre había cometido durante su vida terrestre; por ello, al pesarla se podía saber el grado de rectitud o de maldad que su dueño había alcanzado durante la vida terrestre.

El juicio se llevaba a cabo delante del tribunal divino constituido por los principales dioses. La sentencia era pronunciada en presencia del dios Osiris, rey del mundo de los muertos. El difunto era conducido por el dios Ra o por el dios Horus ante la sala de la Justicia.

Thot, el dios con cabeza de Ibis, señor de las palabras mágicas, tomaba nota del resultado del Juicio. El corazón era depositado en uno de los platillos de la gran balanza. En el otro plato, se encontraba la diosa Maat, bajo el símbolo de una pluma de avestruz. El corazón debía ser tan ligero como la pluma.

Si las malas acciones habían sido la práctica habitual del difunto, la balanza se inclinaría del lado contrario al de la diosa Maat. Entonces, la monstruosa *Am-mit*, diosa con cabeza de cocodrilo, patas de león y cuerpo trasero de hipopótamo, devoraría el corazón, aniquilando, de este modo, la personalidad del pecador, que desaparecía en la Nada, sufriendo la segunda y definitiva muerte.

Si, por el contrario, su peso era inexistente, el difunto era declarado 'Justo' y convertido en un 'Osiris', era admitido en el reino de este dios.

Para conseguir superar el Juicio y poder llegar a ser considerado un 'Osiris' había que someterse a diferentes ceremonias y ritos, y proveerse de tratados mágicos, talismanes y mapas del más allá.

Ello permitiría al difunto subir a la barca de Ra, la cual le conduciría sin peligro hasta el lugar del Juicio. Después, ya Justificado, gozaría de las condiciones de vida de los dioses, pudiendo ir y venir, a su antojo, desde el paraíso a la tierra, adoptar las formas que deseara y visitar los lugares que conoció, mientras vivió en Egipto.

La momificación

Los egipcios creyeron desde la más remota antigüedad que la preservación de sus cuerpos era imprescindible para conseguir la supervivencia en el más allá.

Para los egipcios resultó evidente (como para nosotros y para cualquier otro pueblo de la antigüedad) que el cuerpo era corrompible y que, en consecuencia, su destrucción llevaba aparejada la desaparición de todo vestigio físico del antiguo ser vivo.

En consecuencia, desaparecida la sede material del ser, los otros elementos no encontrarían un punto de referencia y abandonarían los elementos materiales sobre los que fueron fijados por los dioses cuando el ser humano recibió el don de la vida terrenal. Este proceso entrañaba la disolución del ser individual.

Este era uno de los castigos más terribles que podía sufrir un egipcio. Privar a alguien de sus funerales y permitir que sus restos mortales *'fueran dados a la tierra donde ni se ve ni se percibe'* , equivalía a darle la muerte definitiva, por siempre.

Para evitar este destino certero, los egipcios procuraron establecer métodos especiales para conservar los restos mortales, dando como fruto la creación de las técnicas para la momificación. Para ello se procedía a la eliminación de todos los elementos fácilmente putrescibles, a fin de conseguir la preservación de lo inalterable.

El capítulo 45 del Libro de los Muertos hace mención a este temor del hombre egipcio y proporciona la fórmula para conjurarlo: *'Aquél que estaba inerte era Osiris, sus miembros parecían inertes pero no lo estaban. Sus miembros no se pudrirían, no sufrirían corrupción, no se descompondrían. ¡Que lo mismo suceda conmigo, puesto que Yo soy un Osiris!'* .

El capítulo 36 también daba al difunto el poder de conjurar a los seres que comen la carne de los cadáveres, de modo que no le alcancen a él : *'Apártate de mí, tú, cuyos labios mordisquean!. Soy Jenum, el señor de Pejenu, soy quien lleva las palabras de los dioses a Ra. Transmito el mensaje a mi señor.'*

Por tanto, la primera idea de los iniciados para conseguir la preservación de la vida del hombre, más allá de la muerte, consistiría en desempeñar los ritos y las prácticas necesarios para impedir que todos esos elementos se disgregaran.

En principio, el proceso preparatorio para neutralizar la descomposición duraba más de dos meses, durante los cuales el cadáver debía ser sometido a diferentes procesos de manipulación.

El corazón y otros órganos eran extraídos del cuerpo y conservados aparte.

Los pulmones, el estómago, el hígado y los intestinos eran depositados en cuatro recipientes que los egiptólogos han llamado *'vasos canopos'* , protegidos, cada uno de ellos, por uno de los *Cuatro hijos de Horus* . Estos eran divinidades que, se decía en los Textos de las Pirámides, habían ayudado al rey en su ascenso al cielo.

Tras haberle extraído las vísceras, incluido el cerebro, el cadáver era sumergido en un baño con una solución de carbonato de sodio y betún, que consumiría todos sus tejidos grasos. Después, era rellenado con una pasta hecha con betún, hierbas aromáticas e incienso. La zona por donde habían sido extraídas las vísceras era cuidadosamente cosida y cubierta con una placa que llevaba grabada el *Udyat* u Ojo de Horus.

En el lugar del corazón se depositaba un escarabajo de piedra verde, montado con electrum y provisto de un anillo de plata en cuya parte inferior se había grabado la fórmula mágica del capítulo 30 del Libro de los Muertos para impedir que testimoniara contra el difunto durante el Juicio ante el Tribunal de Osiris.

Alrededor del cuello de la momia se anudaban diferentes collares que representaban fuerzas de protección y estaban compuestos, en ocasiones, por talismanes que representaban figuras de divinidades.

También se depositaban sobre ella amuletos y talismanes tales como el *Ojo Udyat*, la columna *Dyed* y otros que ya se han explicado anteriormente. Los dedos de las manos y de los pies eran enfundados en estuches de metales preciosos.

Después de aplicar estas técnicas conservatorias, se la envolvía con bandeletas por un sacerdote que hacía las veces de dios Anubis, el embalsamador de Osiris.

Por medio de esta práctica se otorgaba al difunto una nueva piel, llamada *Ut*.

Otros sacerdotes presenciaban esta operación representando en su desarrollo a diferentes divinidades que, según los textos religiosos, habían tomado parte en las mismas ceremonias en favor del dios de los muertos. Finalmente, encima del cuerpo vendado se depositaban diferentes ornamentos. Una red elaborada con pequeños canutillos de cerámica azul-verdosa cubría todo el cuerpo. En medio se disponía la figura de un escarabeo alado. Los cuatro hijos de Horus y las efigies de otras divinidades, hechas con pastas cerámicas, completaban este convencional ajuar funerario.

Una máscara hecha de oro, o de cartonaje estucado y dorado, podía completar la protección de la momia antes de ser encerrada en el féretro, en cuya parte central estaba representada la gran diosa Nut, protegiendo al difunto con sus alas desplegadas.

El féretro estaba tutelado por las cuatro diosas que cuidaron de Osiris: Neftis, Selkis, Neith e Isis que, en este caso, estarían encargadas de velar por el difunto, él también, Osiris.

La momia y su féretro eran así metidos en el sarcófago de piedra o madera que sería su lugar de reposo eterno.

De esta manera, estas tres envolturas: vendas, féretro y sarcófago, representarían, según las creencias egipcias, los tres elementos básicos del ser humano, cada uno de los cuales se desdoblaba en otros tres, para terminar expresando el número de los nueve elementos esenciales del ser.

El cortejo funerario, la procesión hacia el ‘Bello Occidente’.

Preparada la momia en la *tienda de la purificación*, el cortejo funerario cruzaba el río en barca. En cabeza iba una nave con el féretro y la momia, depositados sobre un lecho funerario dispuesto bajo un baldaquino. Delante y detrás del féretro, dos sacerdotisas, arrodilladas en señal de duelo, hacían las veces de las diosas Isis y Neftis.

Dos sacerdotes, uno a proa y otro a popa, desempeñaban las funciones de la protección iniciática *Sa* y el poder mágico *Heka*. De este modo, la barca que transportaba al difunto simbolizaba, en esta parte del rito, la imagen viva de la barca solar en dirección hacia el oeste, el lugar por donde todos los días el horizonte se tragaba al dios Ra.

En esta barca también navegaba el sacerdote mago *Hery-Hebet*, el lector de los ritos mágicos. Con su rollo de papiro en las manos, era él quien dirigiría el ceremonial para cumplimentar adecuadamente todo lo prescrito.

A la primera barca seguían otras transportando a la viuda, a los hijos y familiares, y a los criados de la casa.

El mobiliario funerario, el ajuar que acompañaría al muerto por toda la eternidad en su ‘Casa del Cuerpo’, las ofrendas y todo lo necesario para los ritos que habían de desarrollarse a la puerta de la tumba, iban transportados en las últimas embarcaciones de la comitiva fluvial. Los lamentos llenaban el aire.

Llegada la comitiva a la orilla occidental del río, el cortejo se ordenaba poniéndose en marcha. El féretro se depositaba sobre un trineo tirado por una pareja de bueyes. Sobre su camino se vertían agua y leche. Ello quería simbolizar que el muerto iba a resucitar, alzándose como el dios *Atum* lo hizo el primer día de la creación.

Detrás del féretro con la momia, el sacerdote lector *Hery-Hebet* dirigía la ceremonia de ascenso hacia la entrada de la tumba. Después, seguían el grupo de sacerdotes, el hijo bienamado, los familiares y amigos, los oficiales, los sacerdotes y las plañideras.

Un trineo llevando el *Jen*, la piel que servía para envolver mágicamente al actuante, el *Tekenu*, que regeneraría la fuerza vital del muerto, seguía en el orden del cortejo. Junto a él, otro trineo transportaba los vasos canopos.

Los portadores de los muebles y enseres que acompañarían al difunto en su viaje a la eternidad, el ganado para el sacrificio y los obreros que llenarían el pozo y sellarían las puertas cuando todo hubiese concluido, cerraban el cortejo.

Lentamente, en medio de las nubes de humo del incienso, el cortejo ascendía por entre las escarpaduras doradas de la necrópolis, hasta llegar a la puerta del recinto que daba acceso a la capilla funeraria. El destino de la comitiva había sido finalmente alcanzado. La ceremonia de la mágica resurrección iba a dar comienzo.

La apertura de la boca

La ceremonia de ‘la apertura de la Boca’ tenía una antigüedad inmemorial.⁶

De hecho, el ejemplo más antiguo conocido procede de la Tumba de *Metchen*, un funcionario de finales de la dinastía III, durante el Imperio Antiguo (hacia el 2.600 a. de C.).⁷

Durante el Imperio Nuevo este rito mágico constaba de setenta y cinco actos diferentes.⁸

Este ritual era normalmente desempeñado por el hijo que sucedería en los cargos y posición social al difunto, aunque asistido de varios sacerdotes especialistas.

La ceremonia principal se iniciaba en la llamada ‘*Cámara de Oro*’, nombre dado a la sala del sarcófago. En ella se daba al difunto recuperar la vista y la respiración de tal modo que, de nuevo sería sensible a las experiencias de la vida material.

En primer término la momia, en su féretro, o la estatua del difunto eran colocadas sobre ‘la capa de arena’ mirando hacia el sur, igual que las estatuas de los dioses en los templos. La momia era purificada cuatro veces con los vasos ‘*Desheru*’ con los que los oficiantes vertían el agua lustral con incienso diluido en ella. Las purificaciones eran acompañadas de incensaciones aromáticas.

Varios personajes tomaban parte en la ceremonia.

En primer lugar la dirección ritual del acto mágico corría de cargo del sacerdote lector




Hery-Hebet;⁹ el *Erpa*, es decir, el heredero del difunto, hacía con su presencia en este acto un gesto de piedad filial, como Horus lo llevó a cabo con su padre, Osiris.




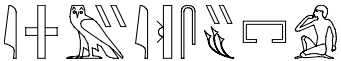

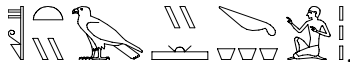
⁶ Sobre este tema se consultarán: Schiaparelli, E. *Il libro dei Funerali degli antichi Egiziani, ricavato da Monumenti inediti. Tradotto e commentato E. S.* Tres Vol.. Torino, 1881-1890. Budge, E. A. W. *The book of opening the mouth.* London, 1909. Otto, E. *Das ägyptische Mundöffnungsritual.* Dos Vol. Wiesbaden, 1960. Goyon, J. C. *Rituels funéraires de l'Ancienne Égypte.* Paris, 1972. Smith, M. *The Liturgy of Opening the Mouth for Breathing.* Oxford, 1993.

⁷ Lepsius, R. *Denkmäler aus Aegypten und Aethiopien.* Vol. 2, Lám. 4-5.

⁸ Graefe, E. ‘Mundöffnung(ritual)’. LÄ, IV, 224.

⁹ Smith, M. Op. cit. 1993, 15, (b).

Del grupo de sacerdotes también formaba parte el sacerdote  *Sa-mer-ef* o ‘su hijo amado’.¹⁰

Otros personajes integrantes del rito eran el sacerdote  *Sem*,¹¹ que desempeñaría el papel ritual del  *Tekenu*¹²; el sacerdote  *Se-mer*¹³, o amigo; el sacerdote  *Imy-Is*¹⁴, que representaría el papel del dios Anubis; el sacerdote  *Imy-Jent*,¹⁵ ‘el que está presidiendo’; los *Mesentyu*¹⁶ , sacerdotes encargados de realizar los sacrificios y, finalmente, dos plañideras para interpretar y representar a las diosas Isis y Neftis.

El acto litúrgico y mágico comenzaba con las palabras del oficiante: *¡Que se seas renovado, Oh Señor, que sean regenerados tu vigor y tu juventud. Despierta a mi voz y revive a mi conjuro. Ven a mi conjuro. Yo soy tu hijo muy amado. Sé renovado, que tu cuerpo viva, que tus huesos se encajen y tus miembros sean firmes!*¹⁷

Después de hacerse las purificaciones a la estatua o a la momia, el *Hery-Hebet* y el *Imy-Jent* volvían a entrar en la sala del sarcófago, de la cual se habían retirado precedentemente para permitir que el sacerdote *Sem* se preparase para desarrollar las ceremonias del *Tekenu*.

Vestido con una túnica ajustada al cuerpo que representaba la piel primordial del feto en la bolsa del líquido amniótico, llamada *Ut*, el sacerdote *Sem* se había tumbado encima de una mesa adoptando la posición fetal.

Aparentemente dormido para la vida, esperaba la aproximación de los sacerdotes *Hery-Hebet* e *Imy-Jent*, mientras, cerca de él, se encontraba un sacerdote *Imy-Is*.

Cuando los dos anteriores trasponían el umbral de la puerta de la cámara, el *Imy-Is* decía en alta voz por cuatro veces : *¡Oh Padre mío!*. El sacerdote *Sem* se incorporaba, entonces, diciendo: *‘Estaba tumbado y se me ha hecho levantar, estaba dormido y se me ha hecho despertar, he contemplado a mi padre en su forma verdadera’*, el sacerdote *Hery-Hebet* le contestaba: *‘¿Está tu padre contigo?’*.

¹⁰ Ibidem.

¹¹ Ibidem.

¹² Reeder, G. ‘A Rite of Pasaje. The Enigmatic Tekenu in Ancient Egyptian Funerary Ritual.’ KEMET, nº 3, Fall, 1994, 53-59.

¹³ Goyon, J. C. Op. cit. 1972, 130.

¹⁴ Ibidem.

¹⁵ Guilmot, M. CDE 77-78 (1964), 31-40.

¹⁶ Ibidem.

¹⁷ Papiro Berlin nº 8.351, 2-4. Smith, M. Op. cit. 1993, 30.

He aquí que, volando como una abeja, tú ves a todos los que vuelan alrededor de tu padre. El Jaibyt (sombra) de tu padre carece de toda impureza. Tu padre es un ‘Saj’ (espíritu puro)’.¹⁸


El difunto, en su recién recuperada vigilia, despertado del sueño de la muerte por los ritos mágicos de los sacerdotes oficiantes, podía contemplar, en primer lugar, a su padre que salía a recibirle.

Esta ceremonia estaba vinculada de modo simbólico con el hecho de que el hombre durante su vida terrestre era el hijo de sus acciones buenas o malas. Si su vida había sido desarrollada sin faltas o impurezas, era seguro que podría abordar con éxito el viaje al más allá, para ser juzgado por el tribunal de Osiris.

En tal momento, el sacerdote *Sem*, desempeñando el papel de Horus, se acercaba a la estatua del difunto o a su momia y la abrazaba, ungiendo con su dedo meñique su boca mientras decía: ‘*Soy Horus, solo yo puedo hacer brillar la cara de mi padre*’.¹⁹

En ese momento, se presentaban al difunto diez bolas de natrón y cinco de incienso. Después, los sacerdotes *Imy-Is* sacrificaban dos toros, el del sur y el del norte, dos gacelas, y un ánade.²⁰

Sacrificado el toro del sur, el sacerdote *Sem* revestido con la piel de una pantera, desempeñando el

papel de  *Iun-Mut-ef*, presentaba al difunto la pata trasera del animal y su corazón.²¹

Estas partes del cuerpo del bóvido simbolizaban el poder y la fuerza del toro generador y potente. Fuerza física y fuerza espiritual eran, de este modo, entregados al difunto para su regeneración en la nueva vida que iba a comenzar.

Después, se tocaban las partes vitales del cuerpo del difunto representados en la estatua, con el *Jepesh*, la pata del toro, con la hazuela *Dua-Ur*, con el cincel, y con el bastón en forma de serpiente con cabeza de carnero, llamado *Ur-Hekau*; igualmente se presentaba al difunto el cuchillo *Peshes-kef*.²²

El sacerdote leía el conjuro: ‘*¡Que tus músculos sean revigorizados, que tu espina dorsal se alce de nuevo erecta, que tus ojos vean para ti, que tus pies anden para ti, que tus oídos estén abiertos para ti, que tu lengua esté viva para ti, que tu garganta se abra, que tus labios hablen, que tu corazón*

¹⁸ Goyon, J. C. Op. cit. 1972, 114.

¹⁹ Ibidem, 118.

²⁰ Goyon, J. C. Op. cit. 1972, 121.

²¹ Ibidem.

²² Ibidem, 133.

vuelva a latir como los nuestros!. ¡Reúnete junto a Osiris y sé renovado en presencia del Señor de los dioses!.²³

A continuación se procedía al sacrificio del toro del norte que era descuartizado y, mientras se ofrecían sus partes elegidas al difunto, eran ejecutadas por segunda vez las ceremonias de *la Apertura de la Boca*.

Concluida la invocación se unguentaba la estatua con los siete aceites olorosos sagrados²⁴ y se pintaban sus ojos con las cremas de *kohl* verde y el negro.²⁵

La potencia de la vida había sido, finalmente, transferida al difunto a través de su momia o de su estatua.

Para terminar, la estatua era provista de su peluca, y la vestían con los paños o bandeletas blanca, verde, roja y roja oscuro. Las protecciones de los brazaletes y del collar *Usej*, también eran impuestas al resucitado en ese momento del ritual.

La ceremonia mágica concluía con el rito de hacer libaciones de leche y de agua, tras lo cual, los sacerdotes depositaban el féretro con la momia en el sarcófago, lo cerraban, y salían de la cámara, borrando las huellas de sus pies en el suelo con escobas hechas de palma.

Los obreros tapiaban y sellaban la puerta que separaba la cámara funeraria del pozo y, luego, lo llenaban de cascotes y piedras, volviendo a cerrar su boca, a ras del suelo, en el interior de la capilla funeraria.

Mientras tanto, en el exterior de la tumba, los danzarines *Nemyu* habían ejecutado una danza ritual consistente en un espectacular conjunto rítmico de saltos y contorsiones. Por medio de la magia que se realizaba con esta antiquísima danza, los miembros del muerto recibían el soplo de la vida. Con ella también expresaban simbólicamente que se había producido su resurrección.²⁶

La alegría era comunicada entonces a los deudos y acompañantes del duelo.

Ellos habían estado esperando, fuera de la tumba, la consumación de las ceremonias mágicas que se habían desarrollado en el interior de la '*Cámara de Oro*'.

El entierro había concluido. El difunto había quedado en reposo y bien preparado para abordar su viaje mágico al más allá. Ningún ser viviente podría entrar en la *Cámara de Oro*, profanando su

²³ Budge, E. A. W. Op. cit. 1909.


²⁴ Goyon, J. C. Op. cit. 1972, 148.

²⁵ Ibidem, 152.

²⁶ Pinch, G. Op. cit. 1994, 153.

descanso sin pagarlo, el castigo sería la muerte. La propia diosa leona *Sejemet*, el Ojo de Ra, ‘la señora de la tumba’, se ocuparía de llevar a cabo esta protección, acordando favores hacia los vivos que la respetasen o, ‘aniquilando con la Llama devoradora’ a los violadores.²⁷

El viaje al Más Allá

Los egipcios imaginaban que, tras la muerte, la vida de los difuntos discurriría en unas regiones mágicas cuyo conjunto era llamado la  *Imyt-Duat*, vulgarmente conocida como *Amduat*, ‘lo que está en medio del mundo Inferior’. Por ella debían discurrir las almas superando los peligros y eligiendo adecuadamente los caminos que las conducirían a las regiones de la luz.²⁸

Dado que, conforme a las creencias y prácticas mágicas de los egipcios, una de las finalidades del adecuado culto funerario y de la preparación para la muerte era la posibilidad de ir y venir desde el mundo ultraterreno, los *Campos de Iaru*, hasta la tierra, para residir en la tumba y poder contemplar su amada *Kemet* y poder regresar libremente de nuevo a los campos de Osiris, era imprescindible conocer los caminos de las regiones tenebrosas que iban desde el mundo de los vivos hasta el Paraíso.

Para ello las Casas de la Vida de los Templos, redactaron varios manuales que, en el transcurso del tiempo fueron evolucionando, como sucedió con los rituales de los textos funerarios.

La primera versión de estas guías fue el libro llamado ‘*De los Dos Caminos*’, en realidad un auténtico libro iniciático. Redactado a finales de la dinastía XI (hacia el 2000 a. de C.), durante el Imperio Medio, consiste en un mapa del más allá, acompañado de una serie de fórmulas mágicas que ayudarán a superar todos los peligros.²⁹

El mapa del mundo inferior muestra una región rodeada por un círculo de fuego que solo puede franquear quien esté puro, y al final de la cual reina la Luz Absoluta, representada por el dios *Haroeris* (Horus el antiguo).

Para llegar hasta allí existen dos caminos, uno de tierra y otro de agua, uno solar y otro lunar. Estos dos caminos llegan al lugar donde están recogidas las esencias divinas, llamado *Ro-Setau*³⁰. Desde allí, siete puertas de acceso desembocan en la región de la Luz.

Durante la dinastía XVIII se acabaron de redactar de modo mucho más extenso los mapas y las fórmulas que completarían, también en clave iniciática, el conocimiento de las regiones inferiores.

²⁷ Goyon, J. C. *Kêmi*, 18, 44. Ver más abajo el apartado dedicado a las maldiciones de las tumbas.

²⁸ Hornung, E. ‘*Amduat*’. *LÄ*, I, 184-188.

²⁹ Lesko, L. *The Ancient Egyptian Book of Two Ways*. Berkeley, 1972.

³⁰ Zivie-Coche, Ch. M. ‘*Ro-Setau*’. *LÄ*, V, 303-309.

Para ello se estableció el '*Libro de lo que hay en la Duat*'.³¹

En él se describe el mundo inferior dividido en doce regiones, cada una correspondiente con una de las horas de la noche. Dicha región está atravesada por un río, el *Urnes*, que corre desde el Oeste hacia el Este y cuyas orillas se corresponden con las del río Nilo terrestre.

Las doce regiones de la Amduat están organizadas como los nomos o provincias egipcias y habitadas por dioses, genios y almas de otros difuntos. El dios Ra recorre, por la noche, en su barca nocturna el río Urnes, visitando cada una de sus doce regiones. El libro describe la superficie de cada región, los nombres de sus ciudades y accidentes geográficos y los de los dioses que las habitan y controlan. Un conjunto de fórmulas mágicas para protección del viajero estelar completan el libro mágico. Con él podrá acompañar al dios Ra en su navegación nocturna.

Llegado ante cada una de las doce puertas que dan acceso a las regiones del mundo inferior, camino de la Luz absoluta, el difunto utilizará el otro manual mágico elaborado por los iniciados y magos de las Casas de la Vida, '*El Libro de las Puertas*'.³² Quizás fueran dos versiones del mismo conocimiento iniciático, redactadas por magos y sacerdotes de Amon-Ra y de Osiris.

La barca solar nocturna transportaba en su interior, bajo baldaquino, al dios Ra en cuya cabeza había un disco solar negro, símbolo de su muerte nocturna. Llevaba dos acompañantes: *Sa* (la protección mágica) y *Heka* (el poder mágico del iniciado). Con tales fuerzas, el difunto, asimilado a Ra, saldría victorioso.

Las facultades mágicas del justificado

El difunto que había superado los ritos iniciáticos del tribunal de Osiris, el Justificado, iba a disfrutar y poseer en adelante todos los resortes mágicos imaginables. Podría ir y venir desde el mundo de los difuntos al de los vivos, podría transformarse adoptando la apariencia de todo cuanto deseara, podría asegurarse y protegerse de modo que ningún mal, como que le fuera cortada la cabeza o fuese cocido o devorado su corazón, le pudieran acaecer. Las cualidades y poderes alcanzados por el difunto configuraban el perfil del mago por excelencia. Todos los poderes le eran atribuidos. Todo le sería, en adelante, posible.

'He aquí lo que debe ser recitado el día de la sepultura para entrar en el Más Allá después de abandonar la tierra: ¡Salve Toro del occidente. Soy el más excelso de los dioses protectores. Soy

³¹ Hornung, E. *Texte zum Amduat*. Tres Vol. Aegyptiaca Helvetica. Genève 1987-1994.

³² Piankoff, A. *Le Livre des Portes*. MIFAO, 74, 75, 90. Le Caire, 1939-1962.

uno de los dioses del tribunal que ha proclamado justo a Osiris contra sus enemigos en el día del peso de las palabras y las acciones. Soy uno de los tuyos, oh Osiris!.³³

Así comienza el capítulo primero del Libro de los Muertos. Si se conoció y recitó esta fórmula durante la vida terrestre se aplicarían al difunto sus virtudes y propiedades y, gracias a ella, podría salir al día bajo todas las formas de existencia que deseara tomar y entrar de nuevo en el paraíso sin ser rechazado. Le serían entregados pan, cerveza y una pieza de carne de los que hay en el altar de Osiris. Podría acceder libremente al Campo de las Cañas, sería próspero en la tierra y haría aquello que deseara, como hacen los dioses cuando están en la Duat, millones de veces.

La mayor preocupación iba a ser, como ya hemos dicho, la conservación del cuerpo. Para ello, una vez hecha la momificación, el difunto debía conocer la fórmula que impediría la putrefacción. Esta era: *'Salve Osiris, que habitas en el sagrado occidente. Yo te conozco y sé cual es tu nombre. ¡Líbrame de los gusanos que se encuentran en Ro-Setau y viven de la carne de los hombres y beben de su sangre!*.³⁴

Esta fórmula debía pronunciarse después de haber hecho un alto en el camino del *Bello Occidente*, a la puerta de la tumba, con el féretro de pie, antes de ser depositado en el sarcófago.

Una vez alcanzado el estado de beatitud, la eterna estancia en los *Campos de Iaru*³⁵, el reino del dios Osiris, los difuntos podían verse obligados a realizar trabajos para su Señor.

Estos trabajos consistirían, en su mayor parte, en el ejercicio de las labores del campo, cultivándolo o viéndose obligados a excavar canales y a acarrear arena o agua desde el oriente al occidente. Para cumplir con las obligaciones que imponían este lugar y su soberano, los Justificados poseían la posibilidad de utilizar las figuras de sustitución. Estas figuritas mágicas, llamadas *shauabtys* o *ushebtys* tenían por misión acudir cuando el difunto, su dueño, les requiriera para ello a trabajar en su lugar en los Campos de Osiris. El capítulo 6 del Libro de los Muertos facilitaba esta fórmula que, normalmente era escrita en esas figuras mágicas: *'¡Oh ushebtys! Si soy llamado para hacer todos los trabajos que se hacen habitualmente en el Más Allá, la carga te será impuesta a ti. Al igual que alguien está obligado a desempeñar un trabajo que le es propio, tú tomarás mi lugar en todo momento para cultivar los campos, para irrigar las riberas y para transportar la arena de Oriente a Occidente. ¡Tú dirás, heme aquí, iré adonde me mandes!*'

El muerto también podría, si sabía el ensalmo adecuado, salir, desde el mundo del más allá, a la luz del día. Así podría hacer todo lo que deseara entre los vivos. Debía decir:

³³ Capítulo 1 del Libro de los Muertos, Lara Peinado, F. Op. cit. 1989, 4-11.

³⁴ Ibidem, Cap. 1 B.

³⁵ Lesko, L. 'The Field of Hetep in Egyptian coffin texts'. JARCE, 9, (1971-1972), 89-101.

‘¡Oh tú, el que es único y se alza como la luna!. ¡Oh tú, único, que brillas como la luna!. ¡Concédeme salir fuera de la tumba, entre la multitud de tus gentes!. ¡Desátame y házme libre como los seres de luz!. ¡Abre para mí las puertas de la Duat!.(Cap. 2)

Aún podía cumplir tal deseo con la siguiente recitación: *¡Todo me pertenece, pues me ha sido dado todo. Entré en el Occidente como un halcón y salgo como el ave Fénix. ¡Estrella de la mañana, ábreme el camino de modo que pueda entrar de nuevo en el Hermoso Occidente y ver el lago de Horus!. ¡Abreme el camino para que pueda adorar a Osiris, el señor de la Vida!.*³⁶

El Justificado, ya *Heka*, es decir, mago con poderes, podía, a su voluntad, aumentarlos, quitándoselos a quien los poseyera para quedárselos él. La fórmula era: *¡Oh Jepri que has nacido de ti mismo, que dominas la planicie de tu madre, que entregas los chacales a quienes están en el Nun y los perros a quienes están en el tribunal divino!. He aquí que yo me he adjudicado el poderío mágico de todos los lugares en que el mismo se encuentre. El poderío mágico que se albergue en cualquier hombre. Me he apropiado de él, rápidamente, más veloz que la luz.*

¡Oh tú, que conduces la Barca de Ra, tú cuyo cordaje es sólido cuando navega tu barca hacia la isla de fuego en el mundo subterráneo!. He aquí que yo me he apropiado el poderío mágico de todos los lugares donde se encontraba, el que se albergase en cualquier hombre, más rápido que la luz.

*¡Garza Nur que estás en el aire, dioses que estáis en el silencio, que dais resplandor y conserváis el calor para los dioses!. He aquí que yo me he apropiado el poderío mágico de todos los lugares donde se encontraba, el poderío mágico que se albergase en cualquier hombre, más rápido que la luz.’*³⁷

La serpiente Apopis, el genio del mal, no podía nada contra el mago poderoso, el difunto, conocedor de las fórmulas del poder. Él podía conjurar a este terrible enemigo y a su veneno igual que en la tierra se combatían las picaduras de las serpientes venenosas. Esto se hacía sobre una figurita de cera: *¡Oh tú que no eres más que una imagen de cera. Que te apropias y tomas violentamente a las víctimas, que vives de los que ya están inertes; nunca estaré inerte ante ti!. Tu veneno no entrará jamás en mis miembros, porque mis miembros son los del dios Atum. Como tú no estas paralizada, yo tampoco estoy paralizado. Tu entumecimiento no entrará en mis miembros.’*³⁸

Una de las exigencias del difunto para poder sobrevivir era saciar las necesidades materiales del cuerpo que había sido preservado y, gracias al rito de la apertura de la boca, dotado de nuevo de las mismas funciones vitales que tuvo en vida.

³⁶ Libro de los Muertos, Lara Peinado, F. Op. cit. 1989. Cap. 13.

³⁷ Ibidem Cap. 24.

³⁸ Ibidem Cap. 7

Por ello, debía tener a su disposición en todo momento alimentos y bebidas. Las fórmulas *Hetep di nesu* (Ofrenda que da el rey), tenían la finalidad de proporcionar de modo mágico la salida a la llamada de la voz de los alimentos y debían ser leídas por el sacerdote funerario o por los familiares. Por si eso no sucediera, y nadie se acordase en la tierra de hacer las ofrendas funerarias al difunto, el Libro de los Muertos le proporcionaba una fórmula mágica que le permitiría no tener que acudir al lamentable recurso de tener que comer excrementos y beber orina para calmar su hambre o su sed. Dice el capítulo 53: *‘Soy el Toro de poderosa cornamenta, el guía del cielo, Señor de los nacimientos del cielo, el gran Iluminador que brota en la llama, ordenando el tiempo, yo controlo la marcha del sol en el cielo, rechazo aquello que es mi abominación: ¡No comeré excrementos, no beberé orina, no marcharé con la cabeza baja.! Poseo ofrendas alimentarias en Heliópolis. Mis ofrendas en el cielo están junto a las de Ra y en la tierra junto a las de Gueb. Navego en la barca celeste, como de lo que comen los dioses y vivo de lo que ellos viven. He comido los panes de las ofrendas que están en el santuario del Señor de las Ofrendas’.*

Otra de las posibilidades que otorgaba el alcanzar la condición de Justificado y el manejo de la poderosa magia que poseía por tal razón el difunto era la de realizar las transformaciones en otros seres, divinos, animales o vegetales que se deseara.

El Libro de los Muertos facilita las fórmulas para convertirse en loto, en halcón de oro, garza, golondrina, cocodrilo o serpiente. También podía transformarse en Jefe de la asamblea de los dioses o tomar el aspecto del propio dios Ptah.

En una palabra, el mago en que el difunto había sido convertido poseía los poderes precisos para adoptar las apariencias de seres terribles o benéficos a medida de sus gustos o necesidades.

El bienaventurado, debía asumir la superación de diferentes pruebas antes de llegar al reino de Osiris. Si, estando ya en dicho lugar, decidía volver al mundo de los vivos, tendría que traspasar las siete puertas que le separaban del mundo de los muertos.

Es claro que, el mago-difunto, debía poseer los misterios de los salvoconductos para franquear los umbrales de dichas entradas en el mundo del Más Allá.

El capítulo 147 del Libro de los Muertos recoge las fórmulas para traspasar con éxito y sin peligros dichas puertas:

‘Primera puerta:

el nombre de su portero es ‘el de rostro vuelto, rico de formas’, el nombre de su guardián es ‘vigilante’ y el nombre de su heraldo es ‘el que gruñe’. Palabras que se dirán ante la primera puerta: Yo soy el Grande, el que crea su luz; he venido ante ti, Osiris, para adorarte. Tus efluvios

son puros y esto lo realiza tu nombre de Ro-Setau.lo que digo es auténtico y no seré rechazado en esta puerta. Su muro es de carbón. He abierto para mí el camino de Ro-Setau; he curado el mal de Osiris. ¡Oh Gran Señor ábreme el camino luminoso de Osiris!.

Segunda puerta.

El nombre de su portero es 'el que infla su torso', su guardián se llama 'el que hace revolotear su rostro', su heraldo es 'el que rompe'. Palabras que se dirán ante la segunda puerta: 'Soy el que se ha asentado gracias al Ojo de Horus y soy aquél que ha sido compañero del dios Thot. El me protege. ¡Quedad sin fuerza, demonios de rostro misterioso!. Soy un ser que abre su camino. ¡Abreme el camino, déjame pasar para preservar a aquel que presenta las ofrendas a Ra!.

Tercera puerta.

El nombre de su portero es 'el que come sus propios excrementos', el nombre de su guardián es 'el de rostro vigilante', su heraldo es 'el lobo'. Palabras que se dirán ante la tercera puerta: 'Soy el de la misteriosa inundación, el que separa a los dos compañeros. He venido para extirpar el mal de Osiris. Soy el que lleva la corona blanca. Soy el que lleva el escudo de Osiris. ¡Ábreme el camino luminoso de Ro-Setau!'.

Cuarta Puerta.

El nombre de su portero es 'aquél que tiene el rostro repugnante, el aullador', el nombre de su guardián es 'el vigilante' y el nombre de su heraldo es 'el que rechaza al furioso'. Palabras que se dirán ante la cuarta puerta: 'Soy el Toro, hijo de Osiris. Soy aquél por quien el Señor de los Muertos ha dado testimonio. Le quité el mal que se le había hecho, le devolví la vida por su nariz, eternamente. Soy el hijo de Osiris ¡Ábreme el camino para que pueda llegar al Más Allá!'.

Quinta puerta.

El nombre de su portero es 'el que se alimenta de gusanos' su guardián se llama 'el que abrasa', y el nombre de su heraldo es 'el que tiene cabeza de hipopótamo, de impetuoso ataque'. Palabras que se dirán delante de la quinta puerta: 'He traído las dos mandíbulas que estaban en Ro-Setau. Traje la espina dorsal que estaba en Heliópolis, reuní a sus gentes y rechacé a Apopis. Escupí sobre sus heridas. He reunido los huesos y he unido los miembros de Osiris. Soy el mas grande de los dioses'.

Sexta puerta.

El nombre de su portero es 'el que elabora los panes, el rugidor' su guardián se llama 'el que cambia de rostro', y el nombre de su heraldo es 'el de rostro cortante, el guardián del lago'.

Palabras que se dirán delante de la sexta puerta: 'He venido hoy ¡Abreme el camino creado por Anubis! Soy un poseedor de la Corona Blanca, un ayudante del mago, un protector de Maat. Protegí su Ojo, se lo traje a Osiris. ¡Abridme el camino para que yo pueda caminar con vosotros como un espíritu justificado!.'

Séptima puerta.

El nombre de su portero es 'el poderoso, el más cortante' su guardián se llama 'el de voz fuerte', y el nombre de su heraldo es 'aquél que rechaza a los malvados'. Palabras que se dirán delante de la séptima puerta: 'Vine ante ti, Osiris, cuyos efluvios son puros; haces el recorrido del cielo y ves a Ra y a los humanos. ¡Oh tú único, solicitado en la barca nocturna cuando recorres el horizonte del cielo. Mi deseo es ser dignificado, ser poderoso'. Esto se cumplió tal como se dijo: ¡No me apartes de tu proximidad, dame buenos caminos cerca de ti!'

Del libro LOS MAGOS DEL ANTIGUO EGIPTO, de Francisco Martín Valentin.